

LIBROS COLOMBIANOS RAROS Y CURIOSOS

Escribe: IGNACIO RODRIGUEZ GUERREO

— XXI —

RIVERA GARRIDO LUCIANO (1846-1899). *De América a Europa. Recuerdos de Viaje*. 1875. Imprenta de Materón. Palmira.— 16 x 24. 210 páginas.

Fue el bugueño Luciano Rivera Garrido uno de los escritores costumbristas colombianos más meritorios del siglo XIX. Se advierte en él, como en otros literatos vallecaucanos, el enorme influjo que ejerció el medio geográfico en el desarrollo de su vocación intelectual. Hijo de terratenientes de regular fortuna, los años de su infancia transcurrieron “sin sombras ni amarguras, tejidos de flores y de perlas”, como lo confiesa en el capítulo preliminar de uno de sus libros más hermosos, *Impresiones y Recuerdos*, editado en Bogotá, por la Librería Nueva, en 1897, y reimpresso en 1946, por el ministerio de educación nacional de Colombia, en la serie de la Biblioteca Popular de Cultura Colombiana.

Fue el doctor Luciano Rivera González, médico de profesión, el padre de Rivera Garrido. Hombre aquel muy dado a los estudios científicos, pero también a la historia y a la buena literatura, aficiones que fácilmente transmitió a su hijo. Pereda, Alarcón, Galdós, parecen haber sido, a juzgar por ciertas evidentes influencias literarias, los autores predilectos suyos en las mocedades de Rivera Garrido.

Luego de frecuentar las escuelas de su Guadalajara nativa, Rivera Garrido ingresó en Bogotá en el Colegio de don Santiago Pérez, bajo la regencia de éste y la dirección de profesores tan eminentes como Manuel Ancízar, Tomás Cuenca, José Manuel Marroquín, J. M. Vergara y Vergara, Cerbeleón Pinzón, entre otros. Y de alternar con condiscípulos como Rufino J. Cuervo, César C. Guzmán, Alejo de la Torre, Climaco Iriarte, que figurarían luego, en primera línea, en el panorama nacional.

En el Colegio de Santo Tomás de Aquino, dirigido por los hermanos Ortiz, el poeta don José Joaquín y el literato don Juan Francisco, completó Rivera Garrido su educación. Por entonces trabó amistad con tres condiscípulos que ejercerían luego grande influencia en su espíritu: el juriconsulto y publicista don Carlos Martínez Silva, el delicado poeta Francisco A. Gutiérrez y el patricio don Ignacio Gutiérrez Ponce, con quienes fundó una sociedad literaria, de vida fugaz.

Más tarde, gracias a don José María Vergara y Vergara, generoso Mecenas de los jóvenes de su tiempo, Rivera Garrido comenzó a publicar sus trabajos literarios, y a hacer, por ello, amistades importantes, las de Samper y Camacho Roldán, entre otras, y a través de éstas, las de literatos de no menor renombre como Diego Fallon, Ricardo Silva, Quijano Otero, Isidoro Laverde Amaya, en casa del cual se inició en el conocimiento de la literatura francesa, entonces en boga, con Dumas, Sué, Ferval y Balzac.

Pero fue, en realidad, Jorge Isaacs, el glorioso autor de *María*, su más fraterno amigo, y quien inspiró las mejores páginas de Rivera Garrido, el Capítulo XI de *Impresiones y Recuerdos*, dedicado a rememorar la vida del poeta caucano, en copiosas páginas de obligada consulta para cuantos se han adentrado en el estudio de nuestro máximo novelista colombiano.

En la primavera de 1874, Rivera Garrido, acompañado de su padre, emprendió viaje al Viejo Mundo. Como resultado de esa correría, compuso un libro, *De América a Europa*, impreso en Palmira, en 1875, y que, a causa de no haber sido reeditado, constituye hoy una rareza bibliográfica.

La obra consta de XXX capítulos, y se inicia con la descripción de la salida del país a bordo del Santa Rosa, en la bahía de Buenaventura, el 22 de marzo del año citado.

Como obra de un literato equilibrado, con influencias de los buenos autores españoles, coetáneos del escritor colombiano, el estilo de este brilla por su sencillez y claridad. La descripción denuncia a la legua la pluma de un poeta con verdadera sensibilidad estética, pero está muy lejos de ostentar en su libro páginas de la honda evocación, del colorido descriptivo, de la inefable sugerencia, que abundan en los libros de viajes de Cuervo Márquez, de Jorge Ricardo Vejarano, de Pérez Triana, entre otros. Desde luego, por el aspecto contrario, hállese el libro de Rivera Garrido a igual distancia de otros de su especie, como el de Camacho Roldán, por ejemplo, escritos por estadistas o estadígrafos, interesados en registrar no el aspecto poético de los paisajes y de las cosas, sino simplemente el dato estadístico y económico de la tierra y el hombre.

Si con algún libro de viajes de autor español pudieran establecerse influencias, respecto del que comentamos, ese no sería otro que el de Pedro Antonio de Alarcón, *De Madrid a Nápoles*, compuesto en 1860 y publicado al año siguiente en la capital de España, y que tuvo amplísima difusión en América.

Con todo, el libro de Rivera Garrido tiene páginas interesantes, dignas de ser recordadas, ya para establecer las modalidades de los viajes de entonces de Hispano América a Europa, ya para reconstruir el aspecto de las ciudades portuarias que el viajero iba tocando en su ruta, ahora un siglo; ora para apreciar la sensación de estupefacción, de completo

deslumbramiento que las grandes ciudades europeas de mediados del siglo XIX, Londres, París, Roma, producían en el ánimo de nuestros compatriotas, nacidos en cualquier rincón de los Andes; ora, en fin, para justipreciar debidamente el grado de influencia que un viaje a Europa tenía en el ánimo de los compatriotas ilustrados que lo realizaban en aquellos tiempos.

Es interesante, v. gr., establecer, a través del testimonio de un viajero veraz, como Rivera Garrido, el estado en que se encontraba la ciudad de Panamá, la más importante de Colombia, en 1874:

“El viajero que llegara a Panamá, —dice— sin más datos acerca de esa ciudad que el de su magnífica posición geográfica, sin disputa una de las mejores del mundo, creería que iba a conocer la población más hermosa del Pacífico, delante de la cual, capitales espléndidas como Lima y Santiago, serían apenas lugares de menor cuantía. ¡Qué desengaño!... Panamá, que podría titularse reina de la América del Sur, por ser el crucero de casi todas las naciones del mundo; que cuenta con más de tres siglos de existencia, y cuyo nombre es conocido en todos los pueblos del universo, es tan solo una ciudad de tercer orden en Colombia, afeada por las muchas ruinas que encierra en su recinto.

“Las calles de Panamá son muy angostas; y los edificios, de mampostería casi en su totalidad, muy elevados, relativamente. Algunas de las primeras tienen un pésimo empedrado, otras están macadamizadas, y no todas tienen aceras; lo cual, agregado a que la mayor parte de las casas carecen de aleros, hacen insoportable el transitar por ellas en medio del día, cuando el sol hiere con sus rayos de fuego ese suelo calcinado. Es muy vituperable el desaseo que reina en Panamá. Casi no hay una calle en donde no se respire un ambiente saturado de miasmas y emanaciones, no solo ingratos al olfato, sino perjudicialísimos para la salud...”. (Págs. 8-9).

En contraste, estas referencias respecto de Curazao, en donde aparece latente el influjo europeo: “En los centros de comercio hay grandes almacenes, bien abastecidos; y me llamó sabremanera la atención el surtido establecimiento de libros de un comerciante español, el señor Agustín Bethencourt. No existe en toda la república de Colombia una sola librería que pueda competir con aquella, por la abundancia y variedad de las obras, y por la baratura relativa de los precios. Allí hay libros en casi todos los idiomas, sobre todo en castellano; y entre ellos tuve la grata satisfacción de ver producciones de compatriotas nuestros, tales como los *Viajes Por Europa*, y la *Miscelánea*, del señor José María Samper; la *Historia de la Literatura en la Nueva Granada*, por el señor José María Vergara y Vergara; las *Novelas de la viuda sur-americana*, de la señora Acosta de Samper; la *Gramática Latina*, de los señores Cuervo y Caro, la *María*, del señor Jorge Isaacs, y otros...”. (Págs. 22-23).

“La vida a bordo es de una igualdad desesperante, dice. A las seis o siete nos levantamos. A esa hora sirven té o café con leche (?), acompañado de galletitas delicadas o bizcochos de agradable sabor. Después de esto algunos pasajeros vuelven a sus camarotes, otros van a cubierta

y los menos animosos quedan en el salón, departiendo sobre los mismos asuntos de siempre: el buen tiempo, las millas que anda el vapor por hora, lo desagradable del mareo, etc. A las nueve se oyen dos campanadas roncadas: es la hora de almorzar. Un caldo amargo, carnes de diferentes colores y sabores, frías como el vientre de un reptil (!); melón, quesos agrios y quesos amargos; sardinas, salmón; *beefsteak*, *roosbeef* y no sé cuántas otras cosas, todas agrias, amargas y picantes... A las cinco de la tarde resuenan de nuevo las consabidas campanadas, y se sirve la comida. Viandas saladas y viandas amargas; frutas, que por lo común son naranjas, parecidas más bien a limones, por su aspecto y sabor; algunas veces *helados* que los alemanes denominan *ice crim*; postres y alguna otra cosa como dulce, pero que precisamente no es dulce..." (Págs. 30-31).

La obvia reacción de un viajero americano, nacido y crecido en medio de la lujuriente naturaleza tropical, como la del Valle del Cauca, en donde el paisaje conserva toda la salvaje grandiosidad primitiva, se revela en las siguientes anotaciones de Rivera Garrido, en presencia del paisaje europeo, ya domeñado por el hombre: "La naturaleza europea difiere por completo de la naturaleza americana. Allá la vegetación, los torrentes, el cielo, tienen una hermosura salvaje, majestuosa e imponente; aquí la naturaleza es bella y risueña, pudiera decirse, graciosa y coqueta; pero en todas sus manifestaciones, por más espontáneas que parezcan, se ve impresa la mano del hombre. Un árbol no puede crecer más de aquello que convenga a su dueño; un arroyo no debe susurrar más de lo que su poseedor desea; un ave no puede volar sino hasta donde el hombre lo permite. Pero en cambio, cuánta armonía en todo; y más que ésto, cuánta belleza y cuánta civilización!..." (Pág. 44).

Para el lector moderno es muy grato advertir en el libro de Rivera Garrido ciertas referencias a sitios del París de antaño, que aún ahora, hasta hace veinte años, conservaban el encanto propicio a las cosas de la juventud y a las aventuras del amor, como aquel pequeño, inolvidable jardín de la Capilla Expiatoria, cabe el bulevar Haussmann... Para nosotros, su evocación, a través de las páginas de Rivera, trae el recuerdo no del trágico y doloroso motivo por el cual fue erigida esa capilla, sino de los enamorados que frecuentan su jardincito, de los niños que con sus risas y juegos lo alegran, del eco de canciones lejanas que llegan hasta su recinto: *Mademoiselle de Paris... Pour moi toute seule... La vie en rose... La Province et Mon Coeur...*

Hay cierta ingenuidad en algunas descripciones del autor, de las que se diría que se encontraba aquél, cuando las hizo, bajo el hechizo de la incontrastable sugestión de lo embrujador, de lo maravilloso. Tal la que hace de los recursos escénicos de los teatros parisienses del 74, en donde se leen ponderaciones como estas:

"Baste decir que si es necesario que en el curso de una representación se simule el amanecer de un bello día, el público ve brillar en el oscuro fondo del Oriente, tras de lejana cordillera, las lumbres primitivas de la aurora; lucen, al despedir sus últimos fulgores, los astros de la noche; se extiende sobre el firmamento el pálido color azul del alba; tíñese de

rosa y de oro el horizonte; se apagan lentamente las estrellas; el aura matinal sacude los follejes, cargados de rocío; las flores exhalan sus más ricos aromas; las aguas murmuran; las aves entonan el concierto de sus melodiosos gorjeos, y el sol, vivificante y poderoso, inunda con su luz el escenario... Si es una noche de luna lo que se quiere figurar, la reina de los astros sube, silenciosa, por el firmamento, rodeada de grupos de blancas nubes; raudales de plateada luz bañan las llanuras, las ciudades y las selvas; de vez en cuando el ruiseñor canta en la enramada, o un perro ladra a lo lejos... Si es una tempestad, el espectador oye los truenos; cierra los ojos, al cruzar el relámpago la atmósfera; y hay veces en las que la ficción es tan completa, que se siente inclinado a santiguarse. El huracán arranca de raíz los árboles, destroza los arbustos y hace girar las veletas de los edificios. Al fin cae el agua a torrentes; y el telón se corre en los momentos en que más de uno de los atontados espectadores busca con azoramiento el paraguas, con el ánimo de librarse del chubasco. Todo esto, por de contado, sin que se sienta ningún ruido extraño; sin que cuerdas, ni ruedas ni escalas revelen la mano diligente del obreiro, o la máquina poderosa que lo dirige todo...". (Págs. 82-83).

Tiene interés la minuciosa descripción que hace Rivera Garrido de las precauciones y seguridades con las cuales el Banco de Francia, fundado en 1803, protegía los intereses y tesoros bajo su custodia:

"Precauciones infinitas, minuciosa y escrupulosamente observadas, han tomado para poner fuera de peligro el numerario y los títulos del Banco. La construcción de las cuevas o sótanos es de una potencia y de una solidez que resisten a toda tentativa exterior o subterránea. La mina no conseguiría avanzar una línea en aquellas gruesas murallas, en que el granito, el cimiento romano y el hierro combinan sus fuerzas para hacer la plaza inatacable...". (Pág. 94).

Entra luego a dar detalles de la disposición interior de los sótanos bancarios y de la manera como se descendía a ellos, con tanta prolijidad, que se diría estar leyendo una página del primer Dumas, en una cualquiera de sus novelas de misterio y aventura:

"Cuando se han bajado los primeros escalones de la grada que conduce a la entrada de las cuevas, se encuentra una puerta que no se abre nunca sin la presencia del censor, del cajero principal y del gerente. Una vez abierta esa puerta, se ve la caja del servicio ordinario, que basta para las operaciones corrientes de cada día. Pasado ese primer compartimiento, otra puerta, que no se abre tampoco sin la presencia de los tres empleados antes expresados, da entrada a la antesala del Tesoro. Esta antesala es una pieza circular en donde guardan, por separado, los títulos, las acciones, las obligaciones, los documentos importantes, los depósitos y las piedras preciosas; porque el Banco, independientemente de sus anticipaciones sobre depósitos de títulos, recibe también, como depósito voluntario, títulos de obligación, nacionales y extranjeros, acciones, contratos de toda especie, barras de oro y plata, piedras preciosas y otros valores, mediante un derecho de ocho por ciento semestral...

“A continuación de la antesala se encuentran las cuevas. La entrada está oculta por una especie de alacena cubierta enteramente por hojas de hierro, y medio disimulada en la pared. Esta puerta, como todas las otras, es de secreto y de combinación; de manera que se abre sobre sí misma, como las puertas italianas. Abierta esa puerta se encuentra una especie de hueco, provisto de una escalera de espiral, muy estrecha. Esta escalera está terminada por tres puertas de hierro, cerrada cada una con tres llaves, las cuales no pueden ser abiertas sino por los tres custodios del Tesoro. Esas disposiciones complicada, esas puerta de hierro, esa escalera estrecha, permiten en caso de alarma, llenar la escalera de servicio con arcilla o tierra pisada, operación que pondría las cuevas al abrigo de todo ataque, durante veinticuatro horas, por lo menos. A esas precauciones es necesario aún agregar otra; y es la de que las cuevas están construídas de tal manera, que en caso de incendio, de ataque o de guerra civil, pueden ser inundadas en un instante...”. Con lo que, le faltó añadir, los asaltantes perecerían sin remedio.

No es todo. “Pasadas las tres puertas de que he hablado, —continúa el autor— se llega ante otra, maciza y formidable, cerrada con tres llaves, como las anteriores. Tras de ella están las cuevas. A uno y otro lado se levantan grandes cajas de hierro, cuyas tapas tienen alzaderas de bronce y una cubierta de plomo. Esta cubierta de plomo es aún un refinamiento de precaución; pues en caso de necesidad, ese plomo puede servir para sellar las cajas rápidamente... El empleado encargado de introducir y sacar el dinero de esas cajas, tiene que emplear una escalera portátil para alcanzar al borde de ellas...”. (Págs. 94-96).

Otras descripciones de este libro de Rivera Garrido, como su recorrido por varias ciudades italianas, Roma entre ellas, y su visita al Papa, tienen también el mérito de lo escrito con emoción y cariño.

Por esta y por otras obras del escritor bugueño, que murió en plena producción intelectual, su nombre merece ser rescatado del olvido, en el que injustamente yace, para que se incorpore en nuestra historia literaria, como el de uno de los más afortunados costumbristas colombianos del siglo XIX.